Barry University

College of Arts and Sciences

Department of Theology and Philosophy

Southeast Pastoral Institute

Programa: Maestría en Artes en Ministerio Hispano

Miami, Florida

Séptima tarea:

Una Iglesia sinodal en misión — del Bautismo a la corresponsabilidad

Estudiante: Rafael A. Guarnizo-Martinez

ID del estudiante: 3642832

RSP 533 / Eclesiología y Ministerios

Semestre: Otoño 2026

Hemos recorrido estas semanas tratando de profundizar en el concepto de Iglesia y, al mismo tiempo, en la profundidad de quién es la Iglesia como Pueblo de Dios. Llegamos ahora a un momento en el que podemos tener un panorama más claro: el Bautismo constituye nuestra identidad como Pueblo de Dios y nos invita a todos a la santidad y a la misión. Es aquí donde el Pueblo de Dios se vuelve sujeto de la vida y de la misión de la Iglesia, y no simplemente un conjunto de personas o una estructura. Al ser todos hijos de Dios, estamos llamados a vivir y hacer visible la comunión y la unidad. Esta comunión se expresa de manera particular en la Eucaristía, pero también en la comunión de los fieles, de las Iglesias y de los obispos, incluyendo al Obispo de Roma como principio visible de unidad. Al mismo tiempo, esta unidad no elimina la diversidad, sino que se manifiesta en los diferentes carismas, dones, vocaciones y ministerios con los que cada bautizado participa en la construcción de un solo cuerpo. Esta participación de todo el Pueblo de Dios se expresa también en su capacidad para discernir y reconocer la fe, siempre en comunión y bajo la guía de los pastores. De ahí que la expresión del numeral 22, *"todos los creyentes poseen un instinto para la verdad del Evangelio"*, me resulte tan esperanzadora y acogedora. Esto no significa que, por el hecho de que alguien exprese su opinión, los demás tengan que aceptar necesariamente su punto de vista; sin embargo, esa persona habrá sido escuchada y su experiencia podrá formar parte del proceso de discernimiento. De esta manera, la sinodalidad comienza a mostrarse no como algo añadido a la Iglesia, sino como una expresión de lo que la Iglesia es: un Pueblo reunido por el Bautismo, unido en la comunión y enviado a participar en la misión.

Pero si bien la Iglesia se reconoce como aquella que ha sido enviada a una misión, no puede quedarse únicamente con la perspectiva de ser quien lleva el Evangelio a quienes están en necesidad. La misma Iglesia necesita reconocer y escuchar la sabiduría que el Espíritu suscita en

todo el Pueblo de Dios, incluyendo a los pobres, los humildes y aquellos que no tienen un cargo o una responsabilidad formal dentro de la Iglesia, pero que ya realizan una verdadera acción eclesial en los diferentes contextos de su vida: la familia, el trabajo, la profesión, la sociedad, la cultura, el mundo digital, etc (Numeral 58). De esta manera, la Iglesia, y particularmente sus pastores, está llamada no solamente a enseñar, sino también a escuchar y dejarse enseñar por la experiencia de fe de su propio pueblo. Es una actitud de apertura al Espíritu que guía y acompaña a toda la Iglesia mientras caminamos juntos. Esta apertura puede comenzar desde lo más concreto de la vida pastoral: un párroco que crea espacios reales para escuchar a sus fieles, que conoce sus realidades, que reconoce sus dones y carismas y que los incorpora al discernimiento de las necesidades y desafíos de la comunidad. No se trata de renunciar a la responsabilidad propia de los pastores, sino de ejercerla desde una Iglesia que escucha, discierne y camina con su pueblo.

Quien ha recibido el Bautismo, y de manera particular quien se prepara para el sacerdocio o ejerce un ministerio dentro de la Iglesia, no recibe una dignidad diferente a la de los demás bautizados, sino una responsabilidad particular al servicio del Pueblo de Dios. Todos hemos recibido la dignidad de ser hijos de Dios y hemos sido llamados a una misión. En definitiva, la vivencia de la Iglesia nace del encuentro con Cristo y encuentra su expresión en la capacidad de llevar ese encuentro a los demás, para que también ellos puedan conocerlo y experimentar su presencia. Esta es, en lo personal, una de las principales motivaciones para seguir siendo Iglesia y para ayudar a mis hermanos a vivir también su vocación como Iglesia en medio del mundo. Sin embargo, este camino no siempre es sencillo. El mismo concepto de sinodalidad puede convertirse en un terreno difícil de transitar cuando genera diferentes interpretaciones sobre la participación, la autoridad y la manera de tomar decisiones dentro de la Iglesia. Precisamente por

eso, el llamado a la unidad y a ejercer la autoridad poniéndola al servicio de la comunión y de la misión de la Iglesia puede convertirse en uno de los mayores aportes que podemos hacer a la vida eclesial. También supone reconocer con humildad nuestra propia vulnerabilidad y la posibilidad de equivocarnos mientras intentamos servir. Pero es precisamente allí, en el acierto y también en el error, donde el Espíritu Santo continúa inspirando a la Iglesia y a cada uno de nosotros, ayudándonos a discernir los próximos pasos y a levantarnos cuando sea necesario. Es en ese camino, con nuestras fortalezas y nuestras limitaciones, donde aprendemos a vivir cada vez más profundamente la Iglesia en clave sinodal: no solos, sino con otros; no desde nuestras propias certezas, sino abiertos a escuchar, discernir y dejarnos transformar por el Espíritu que sigue guiando a su Iglesia.